

cion ejemplar, purísimas sus costumbres: era tenida por un perfecto modelo de virtud, es verdad; pero esta virtud habia sido aplaudida; era tranquila aquella devocion, y cuando hay calma se navega poco, poco se adelanta por la mar. Por eso como llamaba Dios á aquella grande alma á una eminente santidad, la proporcionó luego los medios. Vióse esta heroica princesa despojada de todos sus bienes, arrojada ignominiosamente de su palacio, menospreciada de todo el mundo. Entonces si que se avanzó á largas jornadas en el camino de su perfeccion. Muy en breve la engolfó en alta mar aquella deshecha borrasca. Ya sus obras no eran obras ordinarias y comunes de caridad, ya sus ejercicios no eran ejercicios espirituales de religion medianos ó de un mérito regular; eran todos actos heróicos de virtud, y valia una carrera cada paso que daba en los caminos de Dios. ¡Cuántas gloriosas victorias de sí misma! ¡cuántos méritos atesoró en muy poco tiempo! Esto producen las aflicciones en una alma fiel y generosa. No todos tienen espíritu para sufrir combates tan crueles, pruebas tan penosas; ¿pero quién hay en el mundo exento de aflicciones y de trabajos? Nacen con nosotros, digámoslo así, y solo resta que nos aprovechemos de ellos. Dices que no puedes hacer cosas grandes por Dios, bien; ¿pero á lo menos no podrás llevar con paciencia por su amor los contratiempos que te suceden? Acéptalos todos como venidos de la mano de Dios; mira que hay tesoros escondidos en las adversidades, y las mismas adversidades se pueden llamar ricos tesoros.

¡Ah, mi Dios, y qué poco he conocido hasta aquí lo que valen las cruces y los trabajos de esta vida! Dignaos, Señor, descubrirme cada dia mas y mas su preciosidad; y dadme gracia para aprovecharme de ella hasta la muerte.

JACULATORIAS.—¡Oh Señor, y qué provechoso ha sido para mí que me hayais humillado! (*Psalm. 118.*)

Si recibimos las prosperidades de la mano del Señor, ¿por qué no recibiremos de la misma mano las adversidades? (*Job 2.*)

PROPOSITOS.

1 No todos tienen proporcion para hacer cosas grandes en orden á ser santos; pero todo el mundo puede sufrir con paciencia; y para ser uno santo, no hay medio mas propio que esta paciencia y esta resignacion en las adversidades. En lugar de aquellos ímpetus de impaciencia y de mal humor, en vez de aquellas murmuraciones ofensivas que en nada disminuyen los trabajos, ¿quién

te quita, segun el consejo del Apóstol, derramar amorosamente tu corazon en la presencia del Señor, y sin interrumpir tus ocupaciones ordinarias, hacer una inmensa ganancia de los mismos contratiempos con tu paciencia, con tu mansedumbre y con tu resignacion? ¡Cuánto hay que sufrir en una familia! El humor extravagante, violento y duro de un marido desarreglado; el genio altivo, terco y caprichoso de una mujer vana y presumida; unos hijos mal inclinados; la malignidad de un envidioso; la mala voluntad de un concurrente; la supercheria y la mala fe de un falso amigo; la pérdida de un pleito; un desgraciado suceso en los negocios; una enfermedad, un revés de fortuna, y otros cien accidentes enfadosos que todas son cruces bien pesadas. ¿Pues por qué has de querer malograrlas? A este duro ejercicio de paciencia tiene Dios aligada tu perfeccion. No pierdas parte alguna de este tesoro, y haz desde luego un firme propósito de aprovecharte bien de él.

2 Ya te se ha dicho muchas veces, pero nunca está de mas el repetirlo, que es admirable costumbre la de dar gracias á Dios, aunque sea por medio de una brevísima oracion, siempre que te suceda cualquiera afliccion, cualquiera contratiempo: *Dominus dedit, Dominus abstulit, sicut Domino placuit, ita factum est; sicut nomen Domini benedictum.* El Señor me lo dió, el Señor me lo quitó: suceda lo que sucediere, Dios lo dispone, Dios lo ordena, sea su nombre bendito; cúmplase en mí su santísima voluntad. Di un *Laudate Dominum, omnes gentes.* Di un *Gloria Patri, etc.* dando gracias á Dios por aquella adversidad. No hay ejercicio mas provechoso.

DIA XX.

MARTIROLOGIO.

SAN FELIX DE VALOIS, confesor. (*Véase su vida en las de hoy.*)

LOS SANTOS MÁRTIRES AMPELO (ó AMPELIO) Y CAYO, en Mesina de Sicilia. (Padecieron en tiempo del emperador Decio, y puestos en el potro murieron destrozados. La ciudad de Mesina, su patria, ha recibido por su intercesion grandes favores del cielo.)

LOS SANTOS MÁRTIRES OCTAVIO, SOLUTOR (ó SOLUTON) Y ADVENTOR, soldados de la legion Tebea, en Turin; los cuales peleando valerosamente por la fe católica, alcanzaron la corona del martirio en tiempo del emperador Maximiano. (Se conserva un panegirico de san Ambrosio; arzobispo de Milan, en honorífica memoria de estos Santos.)

SAN AGAPIO, mártir, en Cesarea de Palestina; el cual en tiempo del

emperador Galerio Maximiano, fué condenado á las fieras, y no habiendo recibido de ellas lesion alguna, atándole piedras á los pies fué sumergido en el mar (donde espiró, por los años de 303 ó 306.)

EL MARTIRIO DE LOS SANTOS NARSAS (ó NERSA) obispo, y sus compañeros, en Persia (en la persecucion de Sapor II, por los años de 343.)

SAN DASIO, obispo, en Dorostoro de Misia; al cual condenó á muerte el presidente Baso, porque no quiso consentir en las deshonestas fiestas Saturnales.

LOS SANTOS MÁRTIRES EUSTAQUIO, TESPESEO Y ANATOLIO, en Nicea de Bitinia, en la persecucion de Maximiano. (Beda establece su muerte en el año 237.)

LOS SANTOS MÁRTIRES BASO, DIONISIO, AGAPITO Y OTROS CUARENTA, en Heraclea de Tracia.

SAN EDMUNDO, rey y mártir, en Inglaterra. (Véase su vida en las de hoy.)

SAN GREGORIO DE DECAPOLIS ó DECAPOLITA, en Constantinopla; el cual padeció muchas persecuciones por el culto de las santas imágenes.

SAN BENIGNO, obispo, en Milan; el cual en medio de las grandes persecuciones consiguientes á las irrupciones de los bárbaros, gobernó su Iglesia con suma constancia y religion. (Floreció en el siglo v.)

SAN SILVESTRE, obispo, en Chalons; quien á los cuarenta y dos años de su pontificado, lleno de días y virtudes voló al Señor. (San Gregorio de Tours hace un panegirico de este Santo en el cap. 61 de su libro *De gloria Confessorum*.)

SAN SIMPLICIO, obispo y confesor, en Verona. (Durante las calamidades que afligieron á Italia cuando la invasion de los bárbaros, se constituyó este santo obispo en padre de todos y mediador entre los vencedores y los vencidos, pues no habia corazon por duro que fuese que pudiese resistir á su fe, su bondad, su zelo y su caridad.)

SAN FELIX DE VALOIS.

SAN Felix, de la real casa de Valois, nació el dia 19 de abril del año de 1127. Desde niño se conoció lo que habia de ser despues, asomándose ya desde entonces muchas señales de su futura santidad, particularmente de su tierno amor á los pobres, con quienes, cuando ya mayorcito, repartia de los platos mas delicados que le servian á la mesa. Mas de una vez se despojó de su propio vestido para cubrir la desnudez de algun necesitado. Ohtuvo el perdon de un reo condenado á muerte, pronosticando con luz del cielo, que aquel homicida seria en adelante un hombre muy ejemplar; y el suceso acreditó la profecia. Habiendo pasado sus floridos años en el ejercicio de la virtud, todos los pensamientos de Felix se convirtieron hácia la soledad deseoso de entregarse enteramente á Dios; y persuadido de que nunca se



S. FELIX DE VALOIS.

gusta mas del Señor que cuando el alma totalmente se desvia y se aleja del mundo. Los gritos de éste no penetran al desierto, y en no dejándose percibir de nosotros el bullicioso estrépito del mundo, entonces nos habla Dios al corazón, consistiendo en esta íntima comunicacion de Dios con el alma, y del alma con Dios, aquellas inefables dulzuras que las almas santas gustan ya desde esta vida. Retiróse, pues, Felix del mundo para entregarse mas libremente á la contemplacion de su Dios; pero antes quiso recibir el sacerdocio para cortar toda esperanza de subir al trono de Francia, de que no estaba muy distante, en virtud de la ley Sálica que escluye las hembras de la sucesion á la corona.

Ordenado nuestro Santo de sacerdote, se retiró al desierto, donde entabló una vida muy penitente, pero endulzada su austeridad con la abundancia de celestiales consuelos. Cuanto mas se empeñaba él en negar al cuerpo las conveniencias de esta vida, mas se empeñaba Dios en regalar á su alma con el alimento del cielo; debilitábase aquél con el ayuno, y ésta se fortalecia con los dones del Señor. Así vivia Felix en la soledad esperando acabar en ella sus dias de esta manera, y reduciéndose toda su ambicion á vivir y morir en el desierto, desconocido á los hombres, y entregado á Dios únicamente. Pero como eran muy diferentes los altos fines de la divina Providencia, dispuso se fuese al mismo desierto aquel que tenia destinado para compañero de Felix en la ejecucion de sus intentos. Era un caballero provenzal, jóven, teólogo y doctor de la universidad de Paris, llamado Juan de Mata; el cual movido de una vision que tuvo cuando celebró su primera misa, y noticioso de la virtud de nuestro solitario, fué espresamente á buscarle para entregarse á su direccion, y aprender en su escuela los caminos de la perfeccion á que se sentia llamado. Recibió Felix con amor al discípulo que le enviaba el cielo, y repartió con él los tesoros con que el Espíritu Santo le habia enriquecido. Caminaban juntos por el camino de la perfeccion: eran dos atletas que corrian á un mismo tiempo, por una misma carrera, á un mismo término, y aspiraban á igual premio. Animaba á entrambos un mismo ardor, un mismo fervor, y era uno mismo en entrambos el amor de Dios. Iguales uno y otro en la inclinacion á mortificarse, ningun medio omitian para contentarla: su alimento era la oracion, y Dios el único asunto de todas sus conversaciones. Así pasaron algunos años en una vida penitente y toda recogida en Dios, hasta que Juan declaró á Felix el pensamiento que el cielo le habia inspirado en su primera misa sobre dedicarse á solicitar la libertad de los cautivos cristianos.

que gemian bajo la esclavitud de los moros, espuesta su religion á un continuado peligro. Refirióle la vision que tuvo entonces en el oratorio del obispo de Paris á la misma elevacion de la hostia, representándosele en el aire un ángel en figura de un bizarro joven, vestido de blanco, y en el ropaje una cruz roja y azul con dos cautivos de diferentes regiones, cada uno á su lado, oprimidos ambos de cadenas, y levantadas las manos, como pidiendo con ansia que los librase de aquella opresion. Estaba Juan refiriendo á Felix esta vision, y la impresion que habia hecho en su alma, sintiéndose desde entonces abrasado en un encendido zelo por la redencion de los cautivos cristianos que gemian bajo la tirania de los infieles, cuando los dos vieron venir hácia sí un corpulento ciervo, entre cuyas dos astas se dejaba ver una cruz, en todo semejante á la que se registraba en el ropaje del ángel que se habia aparecido á S. Juan de Mata. A vista de aquel prodigio no les quedó la menor duda de lo que el cielo queria de los dos en órden á los cristianos cautivos; y desde el mismo punto comenzaron á pensar seriamente en los medios de poner en ejecucion las disposiciones del cielo.

Mientras tanto, á la fama de los dos santos solitarios habia concurrido al desierto gran número de discipulos que, dirigidos por aquellos dos grandes maestros de la vida espiritual, hacian maravillosos progresos en el camino de la virtud, de manera, que en breve tiempo se formó una comunidad, cuyo fervor en nada cedia á las mas numerosas y mas antiguas. Confirmados nuestros Santos con aquellos fervorosos reclutas en la resolucion que habian tomado de dedicarse enteramente á la redencion de los cautivos cristianos, determinaron pasar á Roma para declarar al papa sus intentos, y saber del oráculo visible del Espiritu Santo lo que debian ejecutar. Aunque nuestro Santo pasaba ya de sesenta años, quiso tambien ser del viaje y tener parte en el ministerio. Despues de muchos dias de oraciones, ayunos y rigurosas penitencias para que el Señor se dignase echar su bendicion á la empresa, dejaron el cuidado de la ermita á cargo de los discipulos mas probados y de mayor confianza. Su viaje fué un ejercicio continuo de oracion y de penitencia. Luego que llegaron á Roma se presentaron al papa Inocencio III, que los recibió con amor de padre. Entregáronle las cartas de recomendacion del obispo de Paris en que daba testimonio de la santidad de su vida, y al mismo tiempo acreditaba la importancia del santo fin porque habian emprendido el viaje á la corte de Roma. Concedióles el papa varias audiencias, y habiendo consultado el negocio con una junta de obispos y cardenales, que formó para

este asunto, examinado y aprobado el pensamiento, quiso su Santidad aprobar tambien el instituto de aquella comunidad, y poco tiempo despues la erigió en una nueva religion con el título del órden de la santísima Trinidad, redencion de cautivos, cuyo primer ministro general fué nombrado S. Juan de Mata. Volvieron á Francia Juan y Felix donde admitieron la donacion que se les hizo de un corto espacio de terreno que se llamaba Ciervo-frígido, y en él fundaron el primer convento, que se consideró despues como el principal y máximo de toda la religion. Habiendo formado S. Juan de Mata la regla y constituciones de su recién nacida órden, volvió á Roma dejando encargado el gobierno de Ciervo-frígido y de toda la religion en Francia á nuestro S. Felix, su compañero en aquella santa obra. Multiplicáronse los conventos por la bendicion que echaba Dios á sus trabajos, y por la liberalidad de muchas buenas almas que contribuian con sus bienes al mayor adelantamiento de la obra del Señor. En este convento de Ciervo-frígido recibió Felix un favor muy singular de la santísima Virgen. La vispera de su natividad, antes que se levantasen los frailes á maitines, velando el Santo, como acostumbra, y entrando en el coro, vió en él á la Reina de los ángeles con el hábito y cruz de la órden, despidiendo brillantes resplandores, acompañándola multitud de espíritus celestiales en el mismo luminoso traje. Incorporóse Felix con aquel coro celestial, acompañando con el corazon y con la boca las alabanzas que todos cantaban al Señor. Un hombre tan favorecido del cielo, parece que no debia estar mas tiempo sobre la tierra; y así le previno un ángel que se acercaba su muerte: noticia gozosisima para quien el cielo, por decirlo así, acababa de acostumbrar á la armonia de su música divina. Estando para morir el padre convocó á sus queridos hijos; y habiéndolos exhortado á todos á la caridad con los pobres y con los cautivos, lleno de años y de merecimientos, pasó de esta vida transitoria á gozar de la eterna en el seno de su Dios. Murió el día 4 de noviembre del año 1212, á los ochenta y cinco, y siete meses de su edad. El papa Inocencio XI, por un breve de 30 de julio de 1679, trasladó su fiesta á 20 del mismo mes, mandando que se rezase de él en toda la Iglesia. (*La historia de S. Juan de Mata se lee en las del día 8 de febrero.*)

SAN EDMUNDO, REY Y MÁRTIR.

Aunque desde el tiempo del rey Egberto, año de 802, los reyes de los west-sexos fueron monarcas universales de toda la

Inglaterra, reinaron no obstante algunos principes en algunas partes de ella despues de su tiempo, bien que subordinados á aquél en cierto modo. Un tal Offa era rey de los est-anglos, y deseoso de acabar sus días en penitencia y devocion en Roma, renunció su corona en S. Edmundo, que á la sazón no tenia mas que quince años de edad, pero principe muy virtuoso, y descendiente de los antiguos reyes anglo-sajones de la isla. Fué, pues, colocado el Santo en el trono de sus mayores, y coronado por Humberto, obispo de Elman, en el día de Navidad del año de 855, en Burum, ciudad real sobre el Stour, llamada ahora Bures, ó Buers, que Hearne cree sea Sudbury. Aunque muy mozo, era por su piedad, bondad y demás virtudes modelo de buenos principes. Era enemigo declarado de todo lisonjero, y queria siempre ver con sus propios ojos, y oír con sus propios oídos, y no con los de solos sus consejeros, para no poder ser fácilmente engañado de los designios depravados de otros. La paz y la felicidad de su pueblo era todo su anhelo, las que procuró darles con una administracion recta é imparcial de la justicia, y una religiosa direccion de sus dominios. Fué padre de sus vasallos, particularmente de los pobres, protector de viudas y huérfanos, y el apoyo del flaco y necesitado. La religion y la piedad fueron los distintivos principales de su carácter. Los monges y los devotos todos acostumbraban en aquel tiempo aprender de memoria el salterio para rezarle mientras estaban en sus labores ocupados. Para hacerlo así Edmundo vivió retirado un año entero en su real torre de Hunstanton, que él mismo habia erigido para retiro suyo campestre, cuyo lugar es al presente el pueblo de Norfolk. El libro de que el Santo usó para este intento se conservó en S. Edmundsbury hasta la estincion de las abadías.

Quince años habia reinado este príncipe cuando los danos ó dinamarqueses, capitaneados por los dos hermanos Hinguaro y Hubba, los mas bárbaros de cuantos piratas danos se conocieron en aquellos tiempos, desembarcaron en Inglaterra. Tomando tierra en el puerto del Twida, entraron á fuego y sangre en el Nortumberland, y despues á Mercia, dirigiendo su marcha por los condados de Lincolna, Nothampton y Cambridge. Llevados del furor de la rabia y la crueldad, y de una aversion la mas implacable al nombre cristiano, destruian por todas partes iglesias y monasterios; y arrebatados de un movimiento bárbaro de su inhumanidad, asesinaban cuantos sacerdotes y religiosos encontraban. En el monasterio de Coldingham, no temiendo sus monjas la muerte, sino los insultos que podian cometer contra su castidad, á instigacion de Sta. Ebba, santa abadesa de aquella

casa, se cortaron todas las narices y el labio superior; para presentarse á los bárbaros en una figura espantosa y terrible, cuyo horroroso espectáculo fuese salvaguardia de su virtud: en efecto, los infieles temblaron á su vista, perdonaron la violacion de su castidad, pero las pasaron despues todas á cuchillo. Sedientos siempre de sangre aquellos bárbaros, invadieron por fin los dominios de S. Edmundo, quemando á Thetford, que fué la primera ciudad que hallaron, y devastando y talando cuanto por delante hallaban. Los pueblos lisonjeándose de la fe de los tratados, se creían seguros, y estaban descuidados. No obstante el buen rey juntó las fuerzas que pudo, salió al encuentro á los infieles, ó á lo menos á una parte del ejército de ellos, cerca de Thetford, y los derrotó. Pero viendo que á poco se reforzaban con nuevas gentes, contra cuyo número no podia sostenerse el de sus tropas, y no queriendo sacrificar en vano las vidas de sus soldados, temiendo tambien la pérdida de tantas almas de infieles como perecerian en un combate sin fruto, despidió sus gentes, y se retiró hácia el castillo de Framlingham en Suffolk.

Los bárbaros le habian enviado proposiciones que ni se conformaban con la religion, ni con la justicia que el rey debia á sus pueblos. Desechólas el Santo resuelto antes á morir víctima de su fe, que hacer cosa alguna contra su conciencia y religion. En su fuga fué sorprendido y cercado en Hoxon sobre el Waveney por los infieles que le siguieron: escondióse y estuvo oculto algun tiempo; pero habiendo sido descubierto, le cargaron de pesadas cadenas, y le condujeron á la tienda del general. Volvióronle á ofrecer capitulaciones igualmente perjudiciales á la religion y á su pueblo, que rehusó aceptar el santo rey, declarando ser mas apreciable para él la religion que la vida, la cual nunca compraria á precio de ofender á Dios. Airado Hinguaro con esta respuesta, mandó enfurecido que le maltratasen con correas; despues que le atasen á un árbol, y le estuviesen azotando mucho tiempo. Con increíble paciencia y mansedumbre sobrellevó el Santo todo esto, sin cesar de repetir el nombre de Jesus. Los infieles cada vez mas exasperados, conforme estaba atado al árbol le hicieron blanco de sus tiros, y le cubrieron el cuerpo de flechas hasta ponerle como un puerco espin: hasta que al fin Hinguaro para completar su sangrienta crueldad, le mandó cortar la cabeza. Así acabó el Santo su martirio, tal día como hoy del año de 870, el quince de su reinado y el veinte y nueve de su edad; de cuyo caso supo S. Dunstano, que escribió su vida, todas las circunstancias de un rey de armas del Santo que fué testigo de vista. El

sitio se llamaba entonces Henglesdun, al presente Hoxon, á Hoxne; donde fué erigido un priorato de monges con el título del santo mártir.

La cabeza del Santo fué llevada por los infieles á un bosque, y arrojada entre sus malezas; pero fué hallada milagrosamente por una columna de luz, y depositada con el cuerpo en Hoxon. Estas sagradas reliquias fueron poco despues conducidas á Kingston, llamada desde entonces Edmunsbury, por ser aquel lugar ciudad propia de S. Edmundo, y posesion de su patrimonio, y no por razon de su entierro. Sobre el sitio en que fué enterrado se erigió una iglesia de mimbres, construida así segun el estilo de aquella era. Clavaban en el suelo troncos de árboles, les sujetaban por arriba con mimbres, ó cosa semejante, y los intervalos de tronco á tronco les llenaban de barro, con que formaban las paredes, y sobre ellas erigian una cubierta correspondiente á la materia de que se componia todo el edificio.

Las reliquias de S. Edmundo fueron honradas con muchos milagros; y en el año 920 fueron llevadas á Londres. Despues de haber estado allí tres años en la iglesia de S. Gregorio, fueron otra vez trasladadas con honor á S. Edmunsbury, en el año de 923. Los historiadores británicos refieren con admiracion la piedad sin igual, la humildad, mansedumbre y demás virtudes de este santo rey. Este príncipe incomparable, y santo mártir, fué reverenciado por los sucesivos reyes ingleses como patrono especial del reino, y como un perfecto modelo de cuantas virtudes debe tener un príncipe. (*Butler.*)

La misa es en honor de S. Felix, y la oracion la siguiente:

O Dios, que por una vocacion verdaderamente celestial, retiraste de la oscuridad del desierto para la redencion de los cautivos á tu confesor el bienaventurado Felix, suplicámoste nos concedas, que libres, mediante tu gracia y tu poderosa intercesion, del cautiverio del pecado, seamos conducidos á la patria celestial. Por nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epistola es del cap. 5 de la primera del apóstol S. Pablo á los corintios, y la misma que el dia xiv, pág. 261.

REFLEXIONES.

El discípulo de Cristo no se conoce menos por las maldiciones y por los ultrajes con que le maltratan los impíos y los disolu-

tos, que por los beneficios y por las bendiciones con que él los corresponde. Pagar bien por mal, es una victoria gloriosa que consigue el hombre de sí mismo y de su enemigo; es como un secreto hechizo que le desarma; y si no obstante él resiste, es la venganza mas ilustre que se puede tomar de él. Encuéntanse á la verdad corazones duros, almas viles y terrestres, mas parecidas á leopardos feroces (segun la espresion de S. Ignacio mártir) que á hombres racionales, las cuales se irritan mas con los beneficios, se hacen mas enemigas, mas furiosas, se dejan arrebatar mas del encono y de la malignidad con la mansedumbre, con el buen trato, con la urbanidad y con una generosa y cristiana correspondencia. Los obsequios y los favores con que se les procura ganar, son, dice el Espíritu Santo, carbones encendidos que las echas sobre la cabeza. Echar carbones encendidos sobre la cabeza de tu enemigo, esponen S. Jerónimo y S. Agustín, es ablandar á fuerza de beneficios la dureza de su corazon, es causarle un vivo dolor de haber ofendido á quien le cobra de bienes, y obligarle á que te quiera aunque le pese. Pero si todavía se resiste á un medio tan dulce como eficaz; si todavía persevera en aborrecerte, no obstante tus beneficios, se hace digno de mayor castigo, y enciende mas la cólera de Dios. Corazones hay de temple tan villano, almas tan empedernidas en su passion y tan negadas á toda racionalidad, que por ningun medio es posible ganarlas. Grande heroicidad la de aquella virtud verdaderamente cristiana que solo sabe vengarse á fuerza de beneficios. Solo aquel que formó el corazon del hombre puede mudar de esta manera sus afectos y movimientos naturales, enseñándonos á tomar satisfaccion de las injurias con obsequios y con bendiciones. Esto fué, sin duda, lo que mas contribuyó á establecer y á dilatar la fe en el mundo. Era mas fácil resistir á los milagros de los primeros cristianos, que dejar de rendirse á su paciencia. No hay virtud que mas gane el corazon de Dios, ni que dé mayor honor al cristianismo. En las otras es fácil que se mezclen, ó motivos menos puros, ó algunos fines humanos; pero en esta, cuando es constante y universal, apenas es posible otro motivo, que puramente el amor de Dios.

El Evangelio es del cap. 12 de S. Lucas, y el mismo que el dia xiii, pág. 242.

MEDITACION.

De los peligros de la salvacion.

PUNTO PRIMERO. — Considera que en esta vida son tan frecuentes los peligros de la salvacion, como lo son los malos pasos en un camino escarpado y escabroso cuando se viaja por él en una noche tenebrosa, lóbrega y oscura. ¡Cuántos lazos se arman á la virtud y á la inocencia! ¡qué de estorbos que vencer! ¡cuántos artificios que apenas se pueden prevenir, y con suma dificultad evitar! O hayas nacido rico ó hayas nacido pobre; ó seas un hombre oscuro ó seas un ilustre personaje; ó estés dotado de grandes talentos ó seas un hombre inútil; y ya te sobre todo, ó ya no tengas sobre que caerte muerto, en todo hay peligros, en todo es menester estar siempre sobre las armas como en país enemigo. Es la vida del hombre una continua guerra. Es el mundo un horrascoso mar continuamente agitado por las pasiones, lleno de escollos y de bajíos; esto nadie lo ignora. No siempre son mas peligrosos los mas visibles, ni los que son mas conocidos: tan temible es la calma en este golfo, como lo es la tempestad; ni todos los piratas que navegan por él enarbolan siempre pabellon enemigo. De todo es menester desconfiar: en el mar, como en la tierra, hacen estragos los incendios. Puede el navío perderse, ó por falta de fondo, ó porque se estrelló contra una peña, ó porque encalló en un terrible banco. ¡Cuántas veces ocasionó el naufragio la demasiada carga! A nada que se pierde de vista el cielo, ya se descaminó el rumbo. ¡Cuántos se fueron á pique á vista del mismo puerto! La buena fortuna embriaga, la adversa desalienta y abate el ánimo. La prosperidad engríe al hombre con el orgullo, afemina con el regalo, y le inutiliza con la pereza. Es necesario un milagro para evitar un veneno tan universalmente estendido y tan delicadamente preparado. Todo es peligro; toda tentacion en una fortuna elevada. La clase, el empleo, el ministerio superior y distinguido, á ninguno le levantan á la cumbre sin esponerle á furiosos golpes de viento. Mucha virtud es menester para no dejarse abatir en la adversidad; pero mucho mayor se necesita para saberse contener en la abundancia: la vida deliciosa es toda precipicios; hasta de las mismas guias se debe vivir con rezelo; porque en ella todo adula, todo daña. Es menos espuesto el estado religioso, pero no es menos digna de temer la seguridad. Si las pasiones estuvieran desterradas de él habria menos peligro; pero llévanse aquellas hasta el mismo santuario,

porque cada cual se lleva á sí mismo, y cada uno es el mayor enemigo que tiene de sí propio, el mayor contrario de su salvacion que debe temer. Todas estas son unas grandes verdades: ¿pues en qué se funda la fatal seguridad con que viven muchos, así en el estado religioso como en el secular? ¡Y despues nos admiraremos de que sea tan corto el número de los escogidos!

PUNTO SEGUNDO. — Considera que no se habla ahora de aquellos peligros claros, públicos y notorios que siempre se presentan á cara descubierta, ni mas ni menos como son, y nunca acometen por sorpresa; como bailes, espectáculos, tabajerías, conversaciones libres, diversiones emponzoñadas, comunicaciones sospechosas, parcialidades y maquinaciones. Basta una tintura de religion para conocer su veneno y su malignidad. Háblase de aquellos peligros mudos, disimulados y secretos que apenas alteran á nadie, y de los cuales casi ninguno desconfia; siendo, no obstante, escollos encubiertos en que hace la inocencia tristísimos naufragios. La gracia, el donaire, el chiste y todas aquellas prendas que hacen grata y amable á una persona, no son el asilo mas seguro de la virtud. Acomódase mucho con ellas la pasion mas peligrosa de todas para que no se nos hagan muy sospechosas; pero, sin embargo, ¿quién es el que desconfia mucho de aquellas prendas? y aquellas inclinaciones demasadamente naturales entre la gente moza, ¿estarán siempre exentas de todo peligro? Esa habitual tibieza en el servicio de Dios, que degenera muy presto en frialdad y en indiferencia; esa indecencia, ese tedio á las cosas espirituales, esas frecuentes irreverencias, esa negligencia en la mayor parte de sus obligaciones, esa costumbre de murmurar y de censurar, ¿te parece que en nada de esto hay peligro que aventure la salvacion? Sin embargo, todo esto es bien ordinario en muchas personas; no hay cosa mas comun que estos defectos en todos los estados; ¿y quién teme las consecuencias que no pueden menos de ser funestas? ¡Pero cuántos peligros hay tambien en esos perniciosos libros! ¡cuanto veneno no se contiene en ellos, tanto mas peligroso, cuanto mas escondido y mas sazoadamente preparado! ¿Y qué será de esas indecentísimas pinturas que introducen la muerte por los ojos hasta el corazon, siendo sus golpes mas mortales, por lo mismo que apenas se perciben las heridas? En medio de eso, todo esto se tiene por cosa indiferente, aunque tarde ó temprano todo dé la muerte al alma; y no solo no se desconfia de estos peligros; pero ni aun apenas se advierten. ¡Buen Dios, cuántos y cuántos se condenan sin temor! ¡Ah, y

con cuanta razon nos exhorta nuestro Apóstol á que trabajemos con temor y con temblor en el negocio de nuestra salvacion! ¡Ah, y con cuanta razon se retiró S. Felix á un desierto, como lo hicieron tambien tantos otros santos! Haced, Señor, que su ejemplo me abra los ojos para conocer los peligros que me cercan, y dadme vuestra gracia para evitarlos.

JAGULATORIAS. — Librame, Señor, de tantos lazos como por todas partes me arman los enemigos de mi salvacion. (*Psalm. 90.*)

Defiéndeme, Señor, de las redes en que me quieren coger. (*Psalm. 140.*)

PROPOSITOS.

1 Asombro es que conviniendo todos en los peligros de nuestra salvacion, que por todas partes nos cercan, se viva, sin embargo, con tanta seguridad y sin el menor temor en medio de esos peligros. ¿Es acaso la salvacion cosa tan poca que no merezcan nuestro aprecio los riesgos de perderla? ¿O se duda, por ventura, si hay verdaderamente peligros de la salvacion, y se trata el temor de ellos de pánico terror? No es esto ciertamente, sino el errado concepto que forma cada uno de que los que son peligros para otros, no lo son para él. Figúrasele tambien que lo que aun para él es de suyo peligroso, deja de serlo por su firmeza, por su fidelidad y por su particular valor. Tiene cada cual tan buena opinion de sí mismo, que se imagina superior á todos los peligros. ¡Qué error, mi Dios! ¡qué desvarío! ¡qué presuncion! ¡qué locura! No des en semejantes ilusiones. Por mas seria que sea tu voluntad y por mas firme que te parezca tu resolucion de resistir á las tentaciones, desconfia de tí mismo, huye con el mayor cuidado de los peligros, haz continuamente centinela contra tu propio corazon: mira que casi siempre se burla de los que se fían de él. Evita esas concurrencias brillantes, huye de esos objetos peligrosos, desviate de esas conversaciones, aboga, sofoca esas inclinaciones demasiadamente naturales; aunque todo esto te parezca muy inocente, ten por cierto que oculta mucho veneno.

2 *Quien ama el peligro perecerá en él.* Este oráculo es de la misma verdad. Si quieres evitar los mas imprevistos y los mas temibles, teme los mas ligeros. Sobre todo has de tener una gran delicadeza de conciencia en todas materias: nada te has de perdonar. El negocio de la salvacion es delicado, es difícil, es muy espinoso. Nunca sobran precauciones, ningunos medios están de

mas para salir con él. Por los peligros de la salvacion buscaron los santos abrigo á la inocencia en la soledad de los desiertos ó en el retiro de los claustros; y aquellos á quienes destinó Dios para que viviesen en el mundo acudieron á la oracion y á la continua vigilancia para no ser sorprendidos por el tentador. Está continuamente muy sobre tí, y haz particular reflexion á las palabras del *Padre nuestro*: *No nos dejes caer en la tentacion, mas libranos de mal.* No te espongas tú mismo á ella por ligereza, ni por presuncion. La fuga de las ocasiones y la oracion son los dos grandes y poderosos medios para burlarse de todos los artificios del tentador.

DIA XXI.

MARTIROLOGIO.

LA PRESENTACION DE LA BEATÍSIMA VIRGEN MARÍA, MADRE DE DIOS, EN EL TEMPLO, en Jerusalem. (*Véase su historia en las de hoy.*)

EL TRÁNSITO DE SAN RUFO, en el mismo dia, de quien hace memoria el apóstol S. Pablo escribiendo á los Romanos. (*Véase su noticia en las del día 14 de este mes.*)

EL MARTIRIO DE LOS SANTOS CELSO Y CLEMENTE, en Roma. (Estos dos Santos fueron muy célebres en Roma en los primeros siglos de la Iglesia.)

LOS SANTOS MÁRTIRES DEMETRIO Y HONORIO, en Ostia, en la campaña de Roma.

SAN ALBERTO, obispo de Lieja y mártir, en Reims; el cual padeció muerte por haber defendido la libertad de la Iglesia. (Llegó á hacerse tan temible á los herejes de su tiempo, por la fuerza de su dialéctica, la robustez de sus discursos y la claridad de su vastísima erudicion, que al fin se decidieron aquéllos á deshacerse de él, asesinandole alevosamente á fines del siglo XII. La Iglesia le veneró en seguida como mártir, y sus reliquias se veneran en Reims.)

LOS SANTOS MÁRTIRES HONORIO, EUTIQUIO Y ESTEBAN, en España. (*Véase su historia en las de hoy.*)

SAN ELIODORO, mártir, en Panfilia; quien padeció en la persecucion de Aureliano, por sentencia del presidente Aecio: los mismos verdugos que le a'ormentarón (admirados de su constancia y de sus milagros) abrazaron la fe, y fueron juntamente con Eliodoro sumergidos en el mar, (donde consumaron gloriosamente el martirio, por los años de 275.)

SAN GELASIO, papa, en Roma, esclarecido por su santidad y doctrina. (*Véanse las historias de hoy.*)

SAN MAURO, obispo y confesor, en Verona. (Fue grande en todas